

El juicio del 23-F COMO PASAR POR VALIENTE

LUIS CARANDELL

¡A

Y, lo que tengo en la mano», dicen que exclamó el teniente coronel Tejero en uno de los descansos del juicio

de los golpistas del 23 de febrero, mientras se paseaba con las manos en los bolsillos entre la gente de su *claque*. En el Servicio Geográfico del Ejército se ha creado un microclima golpista con felicitaciones mutuas por las hazañas verbales de la víspera, gritos de «¡Arriba España!», abucheos a los militares constitucionales y veladas y no tan veladas apologías del delito.

La escenografía del proceso parece haber sido cuidadosamente montada

por lo que se supone que son los cerebros del golpe para hacer compatibles los renuncios con las bravatas, quiero decir, las cobardes actitudes de escurrir el bulto de las responsabilidades y negar la participación en los hechos o, incluso, los hechos mismos, con las heroicidades verbales. La actitud de conjunto de los procesados y de sus defensores recuerda el chiste aquel de los cobardes soldados cuyo jefe gritaba en el fragor de la batalla: «Si el enemigo viene por ahí, nosotros huiremos por allí; si el enemigo viene por allá, nosotros huiremos por allá. Pero, si el enemigo no viene, lucharemos hasta la muerte».

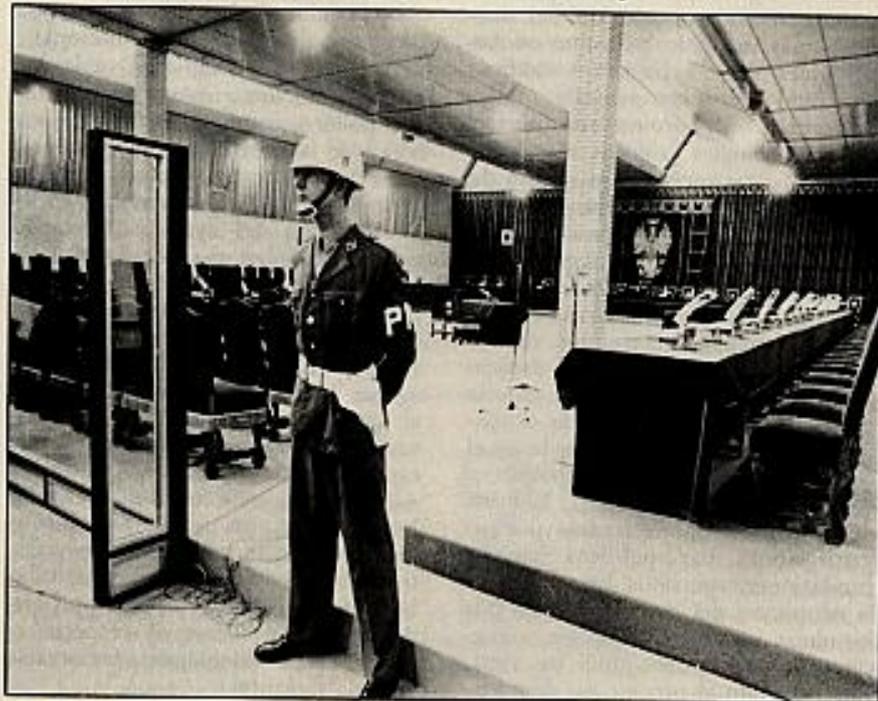
Los golpistas juzgados en el Servicio Geográfico se han acusado mutuamente, han echado las culpas de todo a sus compañeros de armas, han comprometido burdamente al Rey en sus

tejemanejes y han intentado involucrar en los hechos a personas e instituciones, la Monarquía, el Ejército, a fin de diluir sus responsabilidades. La táctica tiene algo de bíblico. Es aquello de «Muera Sansón con todos los filisteos» y, así, los defensores se las han arreglado para tratar de manchar el comportamiento diáfano constitucional que en la noche del 23 de febrero tuvieron generales como Aramburu o Sáenz de Santa María.

Dicen que en estos días, y desde hace ya algún tiempo, distinguidas damas de la sociedad golpista se obsesionan mutuamente con pares de huevos de oro macizo para celebrar la hazaña de su héroe. Pero de los supuestos valores endocrinos de la raza no quedan más que estos áureos símbolos. Todo lo demás son gestos y pataletas. El golpista hispano secular, el golpista que sostenía su golpe hasta la muerte, parece haber degenerado considerablemente en nuestra época. El de hoy es un golpista que se arruga, por decirlo en expresión popular, y luego grita para que no lo parezca. En la historia hay golpistas con grandeza. El golpista actual parece no defender mucho más que la pequeña prebenda, el privilegio mezquino que se simboliza en seguir llenando el depósito del 127 con el combustible del tanque mientras se grita, como al tomar una cota, «¡Viva España!».

«Lo volvería a hacer», ha sido la respuesta de varios acusados, en frase que en cualquier confesionario de los de antes habría significado la negativa de la enmienda. Pero, ¿qué es lo que volvería a hacer? Volvería a hacer aquello que acaba de negar haber hecho o acerca de lo cual se ha afirmado que lo hizo por impulso de lo alto, porque le habían dicho que el Rey pudo haber dicho o haber dejado de decir lo que le dijeron que dijo.

«En cierto momento, el juicio del golpe se convierte en el juicio a la democracia.»



«Lo volvería a hacer», dijo Tejero para ocultar el hecho de haber negado que él hiciera todo aquello que todos vimos que hizo. «Siento no haber participado más activamente en el golpe», dijo Carrés, el único procesado representante de la oscura trama civil, después de haber negado que participara en lo que con tanta admiración defiende. Y cuando el fiscal le pregunta por qué aparece él tantas veces citado en las declaraciones de los acusados que, a su vez, le acusan, dice, al mismo tiempo nadando y guardando la ropa: «Eso es el destino, mi general».

La apología del delito no parece un delito muy grave. Sólo sirve para que, cuando un periodista la denuncia, sea expulsado de la sala. Le sucedió a Miguel Angel Aguilar, sólo por haber hecho una glosa a media voz a los comentarios apologéticos de un defensor. En cierto momento, el juicio del golpe se convierte en el juicio a la democracia y, concretamente, en el juicio a la prensa. Al director de «Diario-16», Pedro Jota Ramirez, aún no le ha sido devuelta la credencial que le fue retirada después del famoso plante de los defensores ante el, digamos, indulgente juez.

«Si no llega a ser porque tenemos un vídeo, nos acusan de habernos inventado el golpe», dice un periodista. «¿Te imaginas?», comenta otro. «De no haber sido por la televisión y la radio, habría resultado que la toma del Parlamento fue pura invención o, incluso, que fuimos nosotros, los periodistas, los que tomamos el Congreso atropellando y humillando a Tejero y los suyos, que estaban allí cumpliendo con su deber».

En el Servicio Geográfico del Ejército se está poniendo en cuestión, en las acusaciones mutuas de los acusados, en las mentiras como puños, en los planteos y en las pataletas de la defensa toda una concepción del mundo, todo el viejo edificio del «honor» del que no queda más que el gesto vano y huero, la triste bravata testicular que sigue al vergonzoso renuncio. Pretenden hacernos confundir al todo con la parte que trata de comprometer al todo para salvarse, al Ejército con este microclima o ecosistema golpista que, por mucho que chille para convencernos de que representa a la institución militar, no deja de ser residual.

La lección del juicio del 23-F es el intento de unos golpistas de pasar por valientes cuando ni para golpistas valen, el último intento de unos golpistas que dicen sentir asco ante los militares constitucionales, pero que, sin saberlo, quizá han comenzado a sentir asco de sí mismos. ■ L.C.

EL FIN DE LO POLITICO O LA ERA DE LOS SIMULACROS

GERARD IMBERT

Este artículo intenta resumir una serie de reflexiones en torno a los simulacros de masas. Parte de un análisis comparado del 23-F y de la ocupación del Banco Central de Barcelona, el 23 de mayo de 1981, en el que se analizaba las estrategias de la simulación y la refracción semiótica del acontecimiento en la Prensa diaria (*El País* y *Diario 16*). Forma parte de una investigación en curso de elaboración sobre los discursos sociales de la Transición (discursos del cambio y de la continuidad). No se trata aquí de juzgar un proceso histórico sino de adelantar unas hipótesis interpretativas de tipo socio-semiótico.

Si los inicios de la llamada Transición española permitieron el resurgir de los lenguajes políticos y la renovación profunda de los diferentes discursos sociales, anunciaban por otra parte «el fin de lo político» mediante una hipertrofia de signos que se iba a plasmar en una verdadera polución del universo más mediático. Lo que en las elecciones del 77 habíamos calificado como «consenso lexical» (1) se convertiría muy pronto en dilución de las ideologías políticas con fenómenos de recuperación/inversión de signos («polémica» en torno a la bandera nacional, «Viva España» de algunos líderes de izquierdas... como formalización simbólica de esta dilución (2). En el intervalo, una avalancha de elecciones, referendos, consultas autonómicas saturaron el espacio político resolviéndose en una especie de «potlatch» semiótico. A la ocupación de la calle por la izquierda en el 76-77 responde el derrumbamiento del militarismo en el 80-81, la crisis de los partidos «amenazados» por organizaciones para-políticas (clubes, fundaciones, «partidos bisagra...»), y la ocupación del espacio público por los ultras que culmina con los acontecimientos de febrero-junio de 1981. Esto, añadido al proceso de degrada-

ción del discurso electoralista, conduce a una muerte del lenguaje político en el orden de las prácticas, que ilustra, a nivel de fenómenos de masas, el tan cacareado Desencanto del bienio 78-80. Este fenómeno no deja de relacionarse con una hemorragia de lo real histórico, subsiguiente a una aceleración de la historia, que produce una pérdida de la memoria histórica (3) y desemboca en una anomia cultural, ésta denota a su vez una crisis de la conciencia nacional.

El golpe fallido del 23-F, a la par que provoca una ruptura en el enfoque político, consagra el fracaso simbólico de la transición («sin ruptura») hacia la democracia: expresa la vuelta de lo reprimido en el escenario social (el fantasma del ayer) y al mismo tiempo inaugura una nueva era. Con el 23-F triunfan los simulacros sobre la política real, provocando así una verdadera reversión del orden de lo real: el Tejerazo como modelo marca la agonía del referente político mediante el simulacro de golpe de Estado y sustituye al referente democrático el espantajo del golpe (es «el síndrome del 23-F» como dicen los mass media) Entramos en una nueva fase transicional: ya no se trata tanto de «construir» la democracia, como de apuntalarla, de defenderla contra un peligro de involución (véase al respecto el debate léxico-ideológico «democracia vigilada/vigilante»).